

LA MUERTE DEL MORO ZAFRA.

ROMANCE HISTÓRICO,

premiado con mención honorífica especial en el certámen poético celebrado por la redacción de la Ilustración Popular Económica, en Febrero de 1871.

*Non concidat cor cujusquam
in eo: ego servus tuus vadam, et
pugnabo adversus Philisthæum.*

(Lib. 1 de los Reyes, c. XXII, v. 32.)

I.

Eran los últimos años
Del siglo doce, y la España
Ceñida con los laureles
De victorias señaladas,
Y el entusiasmo que inspiran
La religion y la patria,
Disponia valerosa
Nuevo ardimiento y pujanza,
Para arrancar de sus tierras
La semilla musulmana,
Que á nuestro suelo trajera
La desastrosa venganza
De los hijos de Witiza
O del padre de la Caba;
Pues sin que nadie lo ignore
Yacen en esto mezcladas
Con los hechos de la historia
Las ficciones de la fábula.
Ya los gloriosos pendones
De Castilla y de Navarra,
De Cataluña y Valencia,
De Aragon y Lusitania,
Sobre ciudades tremolan,
Sobre castillos y plazas,
Notables por sus recuerdos
Por sus riquezas y fama,
Sus deliciosos recintos,
Sus palacios, sus aljamas,
Y sus crecidos torreones,
Y sus estensas murallas.

Bien nutrida está la historia,
Y bien brillan en sus páginas,
Los victoriosos combates,
Las inmortales hazañas
Que en este famoso siglo
Consiguieron á su patria
Mil bizarros paladines,
Cien aguerridos monarcas,
Por conquistar afanosos
Su independenciam, hermanada
Con los dogmas infalibles
De la Iglesia sacrosanta.
¿Quién ignora, por ventura,
Quién desconoce en España
Las valerosas empresas
De Andújar y Calatrava,
De Baeza y de Almería,
De Santaren y de Alcántara,
De Cuenca y de Zaragoza,
Y de otras muchas de que hablan
En sus anales las crónicas,
Y en sus canciones la fama?
¿Quién ignora de este siglo
La fortuna denodada
De Alfonso el Emperador,
Del fuerte rey de Navarra,
Del padre de San Fernando,
Del caudillo de las Navas,
Del noble batallador
Marido de Doña Urraca,
Con mil otros caballeros
Que cien combates ganaran

A los sectarios infieles
 Del impostor de la Arabia?
 Mas ¡ay! tan rico tesoro
 Ni concluye ni se acaba,
 Que las estrellas del cielo
 Las multiplica el contarlas,
 Y entre luceros brillantes,
 Y entre nubes nacaradas,
 Se esconden brillantes soles,
 Se ocultan estrellas raras,
 Que el curioso vé y admira,
 Y el cantor en noche aciaga
 Los desafueros llorando
 De tenebrosas infamias,
 En las cuerdas de su lira
 Aplauda, celebra y canta,
 Para ahuyentar las tinieblas,
 Y dar matices al alba.
 Por esto yo que en el seno
 De las edades pasadas,
 Rico manantial de glorias
 Me alimento con hazañas,
 Altos hechos, grandes triunfos,
 Maravillas de arrogancia
 Conquistadas por la fé;
 Con mi lira destemplada,
 De los viejos cronicones
 Joyas estraigo olvidadas,
 Para hacer que las tinieblas
 Del vicio y de la ignorancia
 Se disipen á su brillo,
 Y luzca para mi patria,
 Que otros infieles persiguen
 Y otros rencores desgarran,
 La hermosa luz que difunde
 La aurora de la esperanza.

II.

Junto á la márgen derecha
 Del Záncara, cuyas aguas
 Atraviesan presurosas
 Risueña y fértil comarca,
 En lo elevado de un cerro
 De laderas escarpadas,
 Que estensa vegá domina,
 Su altiva frente levanta
 La vieja torre que habita,
 Temerosa y solitaria,

El invencible gigante
 Que llaman el moro Zafra.
 Tan alto como los cedros
 De los montes de la Arabia,
 Tan fuerte como los muros
 De su sólida morada;
 Mide *un palmo de ojo á ojo*
 Segun las gentes relatan,
 Y el valor fiero y sañudo
 Con que esgrime horribles armas,
 Y á los cristianos persigue
 Con ardides y emboscadas,
 Traicion y alevosías,
 Largos martirios que espantan,
 Rudos golpes que intimidan,
 Infandos ódios sin tasa,
 Tan temido hacen su nombre,
 Tan temerosas sus mañas,
 Que los cristianos le temen
 Con temor que á nada iguala,
 Huyendo despavoridos
 De su torre solitaria.
 ¿Quién es capaz de decir
 Como ésta se encuentra ornada,
 En sus salones sombríos
 Y en sus lóbregas estancias?
 Aquí trofeos se ostentan
 De pavorosas batallas;
 Allá tapices revueltos
 Con alfombras toledanas,
 Y en confuso remolino
 Cubren con sangre manchadas
 Los oscuros pavimentos
 Agudas y fuertes armas,
 Ricas joyas y añafíles,
 Coronas, cruces de plata,
 Gárfios, cordeles y escudos,
 Con otras cosas ganadas
 En frecuentes correrías
 Del dueño de esta morada,
 Mas temido por sus ódios
 Que el gavilan por sus garras.
 Mucho vale á los infieles
 Lo que este Goliath alcanza
 Con sus terribles empresas
 Que terror y espanto causan,
 Alejando de estos sitios
 A las valientes meznadas,
 Vencedoras en cien lides

R. 18.491

De que reclaman venganza
 Los vencidos escuadrones
 De las huestes mulsumanas.
 A él encomiendan sus ódios,
 Las represalias encargan,
 Y cual otro filisteo,
 Con su loriga escamada,
 Su yelmo y botas de cobre,
 Su fuerte y aguda lanza,
 Desdeñoso y atrevido
 Con pié firme se adelanta
 En busca de los cristianos
 Que en su presencia desmayan,
 Y á quienes reta iracundo
 Con voz de trueno que espanta.
 ¿Y es posible que entre tantos
 Caballeros, cuya fama
 Pregona sus altos hechos,
 No haya alguno que la estatua
 De su heroísmo levante,
 Sobre la tumba ocupada
 Por los mortales despojos
 Del fiero moro de Zafra?
 ¿Otro David por ventura,
 No habrá en las huestes cristia-
 Que al gigante sarraceno (nas,
 Castigue de su arrogancia?
 ¿Tampoco vale el amparo
 De María Inmaculada,
 Que en los combates entrega
 De la victoria la palma
 A los caudillos bizarros
 De la católica España,
 Cuna de insignes varones,
 De grandes virtudes patria?
 Sí, sí, que entre todas éstas,
 Hay una que nunca falta
 Y es madre de nuestras glorias,
 La virtud de la esperanza.

III.

Por la orilla cabalgando
 Del Jalon, de índole ingrata,
 Pues que naciendo en Castilla
 Riega á Aragon con sus aguas,
 Se divisa un caballero
 Con su cimera emplumada,
 Su broquel bien blasonado,

De fino acero las armas,
 Empuñando con su diestra
 La gruesa y brillante lanza,
 Mensagera de la muerte
 Que preside sus hazañas.
 Arrogante es su apostura,
 Y en sus ojos ver se alcanza
 Aquel valor denodado
 Y aquella grandeza de alma,
 De que si todos admiran
 Ninguno á vencer iguala.
 Al que invencible guerrero
 Pedro Manrique se llama,
 De los condes de Molina,
 Señores de ilustre raza,
 Pues llevan sangre en sus venas
 Con la de reyes mezclada,
 Es hermano este caudillo
 Que á todo galope avanza,
 Como el águila altanera
 Sobre sus pujantes alas,
 Hasta que llega afanoso
 De un monasterio á las tapias,
 Donde se apea y penetra,
 Con el ruido de sus armas
 Turbando el santo silencio
 De aquella mansion cristiana;
 Do acuden los caballeros
 Que á la guerra se adelantan,
 Para rendir su homenaje
 De piedad acrisolada,
 Como cristianos caudillos
 A la Virgen Sacrosanta,
 Que presidiendo sus triunfos
 Les dispensa con su gracia
 Laureles con que ceñirse
 De victorias suspiradas.
 Ante ella se postra el bravo
 Caballero de quien se habla,
 Y con acento tan tierno
 Como el que riegan las lágrimas,
 Le dirige fervoroso
 Sus peticiones, mezcladas
 Con suspiros que del fondo
 De su corazón exhala;
 Do luchan tristes temores
 Con la risueña esperanza.
 De repente se ilumina
 Con luz refulgente y clara,



La imágen á que dirige
 El guerrero sus plegarias;
 Y sollozando éste al ver
 La proteccion tan marcada
 De aquesta Vírgen de Huerta
 Que á los guerreros ampara,
 Confesando sus pecados
 Con el Abad á quien llama.
 Entre suspiros ardientes
 Recibe la hostia sagrada,
 Que es de flacos fortaleza,
 De los fuertes confianza,
 Y dejando una limosna,
 Con cirios que por él ardan
 Ante el altar de María,
 Su señora y abogada,
 Del monasterio de Huerta,
 Plantel de virtudes santas,
 Presuroso y atrevido
 Como del viento en las alas,
 Parte el insigne caudillo
 Llevando encendida el alma
 Con sus ardientes deseos
 Que arrullan sus esperanzas.

IV.

Horrible rumor resuena
 Junto á la orilla del Záncara,
 Producido por el choque
 De broqueles y de lanzas,
 Imprecaciones furiosas,
 Palpitaciones de rabia,
 Cual si huestes enemigas,
 Numerosas y compactas,
 Chocasen con rudo empuje,
 Se combatiesen con saña;
 Mas mienten las ilusiones,
 Pues combatiendo no se hallan,
 Sino D. Pedro Manrique
 Y el temido moro Zafra.
 Cruzando están los aceros,
 Duros golpes se descargan,
 Retroceden y acometen,
 Los escudos se traspasan,
 Y arroyos de sangre corren
 Por el campo de batalla,
 Do lucha la media luna

Contra la enseña cristiana.

Envueltos están en polvo,
 Nada se vé ni se alcanza,
 Sino el brillar los aceros
 Y el chocar de las espadas,
 Y el aliento fatigoso
 Que los campeones exhalan
 De sus pechos oprimidos
 Por las ceñidas corazas.

Un fuerte golpe se escucha
 Cual de torre desplomada,
 Y el caballero Manrique
 Rápido al suelo se lanza,
 Donde mortalmente herido
 Yace el gigante de Zafra
 Maldiciendo y blasfemando,
 Vomitando sangre y rabia.
 Con el pié sobre su pecho
 Don Pedro le hunde la espada,
 Dandó así fin de su vida
 Tan temida como aciaga.
 De rodillas luego al punto
 Don Pedro Manrique oraba
 Con gratitud fervorosa
 Por la victoria alcanzada;
 Y marchando al poco tiempo
 De Huerta á la dulce estancia,
 Donó al convento la torre
 Do habitaba el moro Zafra.
 Y en su claustro sepultura
 Fabricó do reposara
 Cuando en las lides muriese
 Combatiendo por su patria,
 Y por los dogmas sublimes
 De la Iglesia sacrosanta.
 Los monges bien conservaron
 Los prodigios de esta hazaña,
 Que por criminales ódios....
 Fué entre ruinas sepultada;
 Mas no importa, que á la noche
 Sucede brillante el alba,
 Y el pueblo español no pierde
 Sus recuerdos ni esperanzas.